



INTERROGANTES SOBRE EL FIN DE LA RENOVACION SOCIALISTA

José Joaquín BRUNNER

Por qué decir que la renovación socialista ha quedado detenida a medio camino y posiblemente haya iniciado su declive? Antes que nada porque parece haberse extinguido su capacidad de producir novedad. De dar nuevos pasos, introducir rupturas pendientes y con ello generar propuestas, ideas, ideales y valores que inspiren la acción. Hoy por hoy, la renovación vive del eco de sus impulsos iniciales. Si persiste, es sólo como un tono, casi una manera; un modo de dejar de ser socialista sin necesidad de asumir las consecuencias intelectuales de ese proceso.

Por otro lado, resulta evidente que la propia realidad en que la renovación se gestó ha cambiado de una manera tan drástica y rápida que apenas hemos sido capaces de absorber los hechos más recientes y sus

repercusiones en el plano de la cultura. Es posible, por tanto, que la renovación haya llegado demasiado tarde, cuando ya queda poco material que renovar. Tómese sólo un ejemplo. La disolución de la URSS significa un cambio drástico no sólo en los parámetros políticos de la modernidad, sino, sobre todo, el derrumbe y la desaparición del mundo simbólico en que se desarrolló una de las corrientes de pensamiento más características del siglo XX. Es casi como para decir que, con unos pocos años de anticipación, allí terminó el siglo y empieza una nueva época. Incluso más: lo que antes pudo dar sentido, ahora, de pronto, lo pierde por completo. ¿Quién, por ejemplo, podría escribir hoy, como hizo Merleau-Ponty hace sólo unas pocas décadas, que «si se quiere comprender el problema comunista es preciso comenzar por volver a colocar los procesos de Moscú en la *stimmung* revolucionaria de la violencia, sin la cual serían inconcebibles»? Y agregaba: «Es entonces cuando la discusión comienza, y no consiste en averiguar si el comunismo respeta las reglas del pensamiento liberal —es demasiado evidente que no lo hace—, sino si la violencia que ejerce es revolucionaria y capaz de crear relaciones humanas entre los hombres». (*Humanismo y terror*, Ediciones Leviatán, 1956, p. 11.) Justamente: lo que ha desaparecido es esa *stimmung*, o sea, el clima cultural, la ética, la estética y el trasfondo intelectual que hacían posible siquiera tomar en serio aserciones como aquélla.

Por lo menos tres cosas cambiaron a tal grado durante la segunda mitad del siglo que tornaron inconmensurables las propias bases de ese discurso con respecto a los fundamentos culturales de la nueva época. Decir inconmensurables significa que no hay ya la posibilidad de una traducción, de una recuperación, ni siquiera de una comunicación simbólicamente efectiva con ese pasado. ¿Qué cosas han cambiado hasta ese punto? *Primero*, lo que hasta hace poco aún aparecía como «reglas del pensamiento liberal» se ha hecho parte ahora de la conciencia contemporánea, al extremo de que la política no es ya pensable — si no sólo como negatividad; por defecto— fuera del ámbito de la contribución primordial de dicho pensamiento: la democracia. La regla liberal se ha universalizado y es hoy el patrón de medida contra el cual necesita medirse todo pensamiento político que desee contribuir a la construcción del futuro. *Segundo*, se ha extinguido por completo —salvo al interior de falanges minoritarias— la noción de que los ideales revolucionarios y el *ethos* utópico que les subyace podrían legitimar la violencia e incluso justificar su aplicación a los propios revolucionarios que se apartan de la razón de Estado. Con ello desaparece uno de los elementos más poderosos de la coreografía revolucionaria y uno de sus elementos capitales. Sin justificación moral de la violencia no hay revolución; sólo reino del terror. *Tercero*, se ha hecho patente que la revolución comunista no creó «relaciones humanas entre los hombres». Si hemos de aplicarle la frase del mismo Merleau-Ponty —que «una sociedad vale lo que valen en ella las relaciones del hombre con el hombre»—, entonces sabemos ahora el escaso

legado de dicha experiencia que, sin embargo, capturó buena parte de la imaginación del siglo XX. Doble fracaso, por tanto: colapso de una experiencia que alcanzó dimensiones planetarias y colapso de la imaginación que creyó encontrar en ella la esperanza de relaciones más humanas entre los hombres.

Se concluye de lo anterior que los problemas situados por delante de la renovación y el socialismo poco tienen que ver con ajustes de cuentas, retorno a los orígenes o una suerte de echar por la borda los pesos muertos del pasado. Que es, justamente, lo que hasta aquí ha avanzado la renovación. La pregunta, más bien, es si acaso existe siquiera la posibilidad de una tal renovación. Para el pensar cómodo, bastaría con limpiar la casa, *aggiornar* el pensamiento y retocar la vitrina. Incluso se cae a veces en la ilusión de que, a poco andar, ya nadie se preguntará siquiera por el significado de proclamarse socialista, sin percatarse de que, entonces, la renovación habría terminado por mimetizar al socialismo al extremo de no importar sus contenidos y, tampoco, sus formas. ¿O no es cierto que hacia allá nos impulsa nuestra detención?

Proclamar hoy día un compromiso con la democracia, renunciar al marxismo-leninismo y a su justificación revolucionaria de la violencia y aceptar que la economía funciona sobre la base de un intrincado juego de políticas y mercados, todo eso no es más que aceptar los fundamentos del lenguaje contemporáneo. Puede parecer a algunos que haber siquiera alcanzado ese estadio es ya un gran avance. Lo cual sólo muestra lo atrás que estaba nuestro punto de partida. Lo que hemos hecho, sin más, es integrarnos a la gramática de nuestro tiempo; ingresar en el debate contemporáneo. Ahora, para parafrasear a Merleau-Ponty, es cuando la discusión comienza.

Antes de movernos hacia allá, necesitamos sin embargo decir un par de cosas más sobre esa radical alteración —derrumbe, colapso, fin— del mundo simbólico en que se desarrollaron las corrientes de pensamiento socialista. ¿Qué ha cambiado en ese plano? Aquí no preguntamos sobre la mutación de los contenidos específicos de una u otra ideología socialista, sino sobre qué ha cambiado en el terreno mismo donde ellas se constituyen. A fin de cuentas, a lo que estamos enfrentados es a la consumación de un tiempo, de un ciclo histórico, y no al mero desplazamiento de ideas en la incesante historia de un pensamiento aceptado. La manida frase kuhniana sobre el «cambio de paradigmas» adquiere aquí pleno sentido. El mundo simbólico donde se originó y elaboró el pensamiento socialista —digamos el de Marx hasta Althusser— y en que se aplicó y desarrolló en la práctica —desde Lenin hasta Fidel— es, ante todo, el mundo de la razón geométrica. En ese universo de ideas, la historia transcurre por vectores conocidos, el mayor de los cuales es el del progreso; hay instalada en la cúspide la imagen poderosa de una utopía racional y, en el centro

mismo de toda la construcción, existe un enorme vacío, ausencia de misterio, que es llenado por el desciframiento final de la historia y el conocimiento de sus estructuras secuenciales. Las prácticas alimentadas por esa trilogía —progreso, utopía y vacío sagrado— conducen al diseño de sistemas perfectos, administrados por funcionarios, planificados científicamente y capaces de proporcionar un sentido total a la sociedad al margen del misterio y de las ambiguas medidas del hombre, «criatura improbable». La simbología pertinente es aquella de las leyes de la historia, del partido-conciencia y del culto investido en personalidades, edificios y arsenales. En general, una simbología donde prima la abstracción —clase, revolución, Estado—, tras lo cual desaparece el hombre como un detalle. De la conjunción entre razón geométrica y prácticas totalitarias están hechos los sueños socialistas. Sus productos históricos no han sido «desviaciones». El socialismo real es el socialismo sin más. Lo demás es social-democratismo, progresismo social, fabianismo; en fin, administración social —más o menos efectiva— de las fuerzas desatadas por la producción capitalista a nivel mundial. Es probable que la renovación pudiera desembarcar allí, y no sería poco: aportando a esa administración el vigor de nuevos cuadros políticos y técnicos, un sentido solidario de la producción y la repartición, una nueva sensibilidad cultural.

¿Cómo renovar, en cambio, un pensamiento anclado tal vitalmente en ese mundo simbólico sin antes abandonarlo de forma consciente y sustituirlo por otra matriz que permita construir algo que no sea sólo una suerte de apropiación de las premisas del lenguaje contemporáneo? Pues allí, precisamente, reside el desafío mayor. En dotar a la renovación socialista —más bien, a lo que de ella resulte, que podrá o no llamarse ya socialismo— de real sustento cultural. Es decir, en transformar nuestras posiciones en algo más que la mera disposición de los códigos comunes de la modernidad, sorteando a la vez la tentación de conservar nuestro idioma tradicional —desprovisto ya de fundamentos— que entonces sólo sería hablado por una tribu en extinción. Histórico-antropológicamente, lo anterior es, sin embargo, una posibilidad. Ha ocurrido muchas veces que un grupo cultural pierda la capacidad de renovarse en sentido profundo y termine extinguiéndose o fundiéndose con las corrientes predominantes de su época. No cabe destacar que los grupos socialistas estén colocados en esa posición; en vías, por tanto, de convertirse en una de esas comunidades que apenas tienen otra razón para existir que defender su memoria, su ideolecto, sus símbolos y su derecho a manifestarlos en ocasiones ceremoniales.

Cuando se dice, por ejemplo, que el socialismo de hoy y mañana expresa nada más que una voluntad de combinar libertad e igualdad, u otras fórmulas semejantes a ésa, se está en camino de convertirse en una comunidad tal. Es como decir: aquí están los epígonos de la Revolución Francesa, dos siglos más tarde, hablando el idioma ancestral de los revolucionarios, pero ya sin fe en la razón geométrica y habiendo

desahuciado —*for good*, diría un británico— las prácticas totalitarias. Metidos finalmente en una reserva, los socialistas quedaríamos colocados como una tribu que ya no tiene a sus dioses ni sus bosques, pero conserva su capacidad de vender artesanías en el mercado. También este caso abunda, y nada dice que los socialistas no seamos una de las tribus más recientemente convertidas a la civilización.

Puestos en esa situación, al borde de la cual caminamos, es decir, en proceso ya de transculturación, ¿qué pasa en nosotros con el deseo de convicciones, con la necesidad de imaginar futuros, con el sentido de trascender y con todo el mundo simbólico e intelectual anudado en torno a las ideas de transformación de la sociedad, emancipación del hombre de sus miserias y uso creativo de sus capacidades? Abandonados los ritos y los emblemas socialistas, o mantenidos sólo como artesanía y culto al pasado, ¿a qué identidad recurrir, qué pasión transmitir y cómo intervenir con sentido en la conversación sobre el destino de nuestra época? Recluidos en una reserva, vestidos a la usanza de los modernos, habiendo finalmente adoptado sus códigos y su moneda de intercambio, ¿qué proyecto ofrecer, qué nuevo filón, que aventura que valga la pena y el esfuerzo, qué valores crear donde otros reconozcan el valor de su propia contribución? Desahuciada una forma de razón, ¿cómo hacer para reflexionar de nuevo sobre las «cosas grandes» y no caer en el minimalismo en que hoy se debate la renovación, contenta con comerciar en artesanías y regocijada de sus pequeños pasos en dirección del sentido común: democracia, propiedad responsable, mercados regulados, bien común, solidaridad, Estado social, afecto popular, exportación de segunda fase, iguales oportunidades y demás?

¿Qué plantea, en efecto, la renovación socialista? No digo en los programas partidarios contruidos ya sólo como plataforma electoral; ni en los discursos de sus dirigentes, cortados a la medida de la audiencia y la ocasión; ni en la televisión, donde todo se reduce a píldoras como aquella de la combinación entre libertad e igualdad. ¿Qué, en serio, plantea el socialismo frente a los problemas del cambio de época, o sea, en aquel terreno donde se constituyen las matrices del pensar y el hacer que serán predominantes en el tiempo que nos toca entender y construir? ¿Cómo percibe el mundo, a qué orden aspira, qué vida buena —siquiera mejor— ofrece? Todo lo cual equivale a interrogarse por las vertientes de que se alimenta la renovación. No basta con decir, como decimos ahora, que nuestro pensamiento se nutre de las mejores tradiciones del pensar progresista: marxismo crítico, emancipacionismo cristiano, humanismo laico, racionalismo moderno, socialdemocracia europea, latinoamericanismo de hoy, ciencias sociales contemporáneas, etcétera. Todo eso no hace sino alimentar la confusión y confiesa la irremisible bancarrota de la conciencia socialista. Tampoco es posible, como quizás quisieran algunos, construir una corriente de pensamiento «a la carta», introduciendo en el menú del día la más reciente novedad de la cocina española, italiana o alemana. Por

eso decía que los problemas que entraban a la renovación están más al fondo; allí donde se ubican los presupuestos de una cultura; donde están sus cimientos simbólicos; sus opciones más radicales; su concepción de mundo. La respuesta más socorrida, y en parte verdadera, de que en ese terreno de fundamentos el neosocialismo renovado es un pensamiento de la diversidad, de lo plural y por ende abierto, sólo vale para el momento partidario-institucional de ese pensamiento; no para proyectar una concepción capaz de motivar la acción, generar identidad y relacionar la razón de mi tribu con la razón de las demás tribus repartidas sobre la Tierra.

El rechazo de la trilogía geométrica —progreso, utopía y vacío sagrado, y de sus prácticas concomitantes en el terreno de la administración total de la sociedad— han dado paso en el socialismo renovado a una sensibilidad que se asemeja a la de los posmodernos. En efecto, se proclama el término de los grandes discursos o metanarraciones, se hace profesión de fe realista o pragmática y se reconoce la autonomía de la conciencia individual para adorar, comprometer valores y vivir —según su gusto y posibilidades— la existencia privada de cada quien. De allí a poco, se termina creyendo que no sólo en el arte, sino en la vida, es posible combinar todos los fragmentos culturales, que la realidad es más vasta que los sueños, que a la política la mueven los símbolos del mercado y a las ideologías las citas de citas. También esto es posible: que la renovación desemboque en una suerte de post-socialismo, donde todo se cita y donde predomina el *collage*: feminismo, ecologismo, neocomunitarismo, realismo mágico, pragmatismo ágil, rigorismo de la reconversión industrial, alternativismo, rescate de los sentimientos y la felicidad privada, filosofías del significado, psicologías del encuentro, conductivismo y sociologismo de lo obvio. Al menos, se diría, en esa «vertiente post» hay una disposición a colocarse frente a los problemas más radicales de la época, aunque sea para aplicarle el corrosivo de una razón que, habiendo renunciado a su geometría, ahora adopta su impotencia como programa. Está por verse, sin embargo, si esa razón impotente arranca su vuelo al atardecer. Lo más probable es que ella —si vuela— sirva más bien sólo para la literatura y la confrontación filosófica, para repensar la modernidad y para abrir las puertas del mercado de símbolos. Otra cosa es generar una concepción de mundo que, anclada en la época, le confiera a ésta un sentido y se proyecte como una visión capaz de cambiar la vida, porque, antes de eso, ha logrado aprehenderla en sus virtualidades básicas de razonamiento, expresión, pasión y misterio. A su manera, el pensamiento socialista clásico hundió en ese terreno sus raíces y por eso pudo marcar la fisonomía de un siglo. Aunque fuese con el rostro del burocratismo y el terror.

¿Podrá la renovación o, para el caso da igual, podrá el socialismo, rompiendo con todo eso, no terminar en una comunidad idiomática aislada o en una vanguardia «posmoderna», y en cambio proyectar un

sentido de historia, abrigar una idea de lo humano, crear una tensión ética y comprometer un proyecto para la nueva época que se inicia? Paralizados como están, es posible que no lo consigan. Entonces el socialismo habrá terminado con su época; será la marca del siglo que terminó. Y la renovación quedará en los anales como un último destello extinguido antes de alumbrar. En ese caso, la historia seguirá sin socialismo, aunque perduren por un tiempo los socialistas y sus tribus, mientras se completa el proceso de su asimilación.
